

# LA BELLEZA DE LO FUGAZ

Josep Otón



Los cometas surcan el espacio y dejan a su paso infinidad de partículas que deambulan huérfanas de timonel. Cuando este rastro estelar irrumpe en la atmósfera de la Tierra, se transforma en una sinfonía de destellos. Es la lluvia de estrellas, las Perseidas o Lágrimas de **San Lorenzo**. Un espectáculo improvisado que tiñe de luz una noche despejada.

Para el espectador es un ejercicio de atención, de paciencia y de perseverancia. La recompensa es el asombro, pero exige estar despierto y vigilante. En cualquier caso, se trata de un regalo de la naturaleza que requiere ser acogido con gratitud y respeto. Ahora bien, lo fugaz esconde un mensaje, nos invita a cooperar en la preservación de su esplendor.

Normalmente, contemplamos con placidez un paisaje o una escultura, porque nos infunde serenidad. Su belleza es permanente, ajena a nuestra indiferencia. Persiste a pesar de nuestras distracciones. Conlleva implícita una segunda oportunidad. Si nuestra torpeza nos impide percibir su encanto a primera vista, continúa inalterable a la espera de una mirada más atenta. Y en cada nueva aproximación nos ofrece la posibilidad de descubrir matices desconocidos, detalles sorprendentes o significados imprevistos. La estabilidad de lo duradero nos hace sentir seguros. La hermosura de lo perenne es un bálsamo para nuestra inquietud. Lo bello nos evoca lo eterno.

En cambio, la fugacidad nos perturba. Nos arranca de nuestras comodidades, obligándonos a estar en alerta. Nos acucia su brevedad. Su fragilidad radica en su inconsistencia temporal. Lo más sublime se desvanece en un abrir y cerrar de ojos. En un instante puede desaparecer para siempre.

Por ello, su grandeza está en nuestras manos. Reclama la complicidad del observador. Lo efímero mendiga nuestra atención. Su inmortalidad, por definición, no es intrínseca a su naturaleza. Depende de nosotros. El espectador no tiene otro remedio que renunciar a su pasividad e implicarse. De lo contrario, la belleza que contempla se desperdiciará, se esfumará para no regresar nunca más. Solo sobrevive cuando alguien la mira. Entonces jamás se marchitará y el instante quedará revestido de eternidad.

Lo fugaz nos recuerda nuestra propia finitud, el carácter irreversible de cada hábito de vida. Tarde o temprano, todo acaba pereciendo. Pero no por ello carece de una belleza indeleble. Lo sublime, aunque aparentemente desaparezca, si es contemplado, acogido, admirado, querido... pervive para siempre. ■

